ORAR EN EL MUNDO OBRERO

34º Domingo del Tiempo Ordinario • 22 de noviembre 2026
Festividad de Cristo Rey • www.hoac.es

Con la festividad de Cristo Rey finalizamos el año litúrgico que nos habla de un rey muy especial, o mejor, una forma de reinar alternativa.

La próxima semana comenzamos el adviento y cambiamos de ciclo. El evangelista Mateo ha sido nuestro compañero de viaje y guía muy especial para el seguimiento de las huellas del maestro Jesús durante todo este ciclo A. Su evangelio lo hemos escuchado, rumiado, admirado, también nos ha interpelado, cuestionado, convertido, nos ha vinculado como comunidad de seguidores y seguidoras de Jesús. Damos gracias al Padre por Mateo y las comunidades que hicieron posible que hoy, veinte siglos más tarde, nos regale la *buena noticia* de Jesús, viva, y transformadora.

Dios muestra predilección hacia los pobres, a ellos se dirige la palabra de esperanza y de liberación del Señor y, por eso, aun en la condición de pobreza o debilidad, ya ninguno debe sentirse abandonado. Y la Iglesia, si quiere ser de Cristo, debe ser la Iglesia de las Bienaventuranzas, una Iglesia que hace espacio a los pequeños y camina pobre con los pobres, un lugar en el que los pobres tienen un sitio privilegiado.

–Papa León, *Dilexi te*, 21

Los que veían a Cristo el hombre que sembraba el bien por donde iba, los que esperaban al rey que restituiría el arrebatado cetro de Israel, el rey que liberaría al pueblo del yugo romano y repartiría enchufes a sus seguidores, se han llevado el mayor de los desengaños con el aparente fracaso de Cristo en la Cruz. Pero aquellos que han creído en Él, y le siguieron en cuanto Dios, han visto el mayor de los triunfos en la resurrección.

–Guillermo Rovirosa, OC. TV. pág. 277

El amor de Cristo nos hace, en efecto, partícipes de la vida de amor de Dios. En este sentido, los cristianos están llamados no solo a buscar refugio en Dios, sino también a hacerse, en Él, refugio para los demás, sin distinguir entre el que asiste y el que es asistido, entre el que parece dar y el que parece recibir, entre el que se presenta pobre y el que siente la necesidad de ofrecer tiempo, capacidades y ayuda. Somos la Iglesia del Señor, una Iglesia de pobres, todos preciosos, todos partícipes, cada uno portador de una Palabra única de Dios. Cada uno es un don para los demás

–Papa León, X Jornada Mundial de los Pobres, 15/11/2026

Ez 34, 11-12.5-17: *A ustedes mis ovejas voy a juzgar entre oveja y oveja.*

Sal 22, 1-2a.2b-3.5.6: *El Señor es mi pastor, nada me falta.*

1Co 15, 20-26a.28: *Devolverá Dios Padre su reino y así Dios lo será todo para todos.*

Mt 25, 31-46: *Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros.*

Lectura del libro del Profeta Ezequiel (34, 11-12.15-17)

Porque esto dice el Señor: «Yo mismo buscaré a mis ovejas y las apacentaré. Como un pastor se preocupa de sus ovejas cuando están dispersas, así me preocuparé yo de mis ovejas y las reuniré de todos los lugares por donde se habían dispersado en día de oscuros nubarrones.



Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a su corral, oráculo del Señor. ***Buscaré a la oveja perdida y traeré a la descarriada****; vendaré a la herida, robusteceré a la flaca, pero a la gorda y robusta la eliminaré; las apacentaré como se debe. En cuanto a ustedes, rebaño mío, esto dice el Señor: Yo juzgaré entre oveja y oveja, entre carnero y chivo».*

«Místico y razonador, utópico y realista; poeta y jurista, sacerdote y profeta son algunas de las características de la personalidad compleja y llena de contrastes de Ezequiel hijo de Buzi, autor del libro que lleva su nombre»[1]. Ejerció su ministerio entre el 595 y 570 a.C., durante el cautiverio judío en Babilonia. El nombre Ezequiel en hebreo significa «Dios es mi fortaleza». Y su mensaje está unido a una especial conciencia de la santidad de Dios. Su libro es muy original y está narrado en primera persona.

Es llamado a la profecía en pleno exilio babilónico, suerte que corrió con el rey Joaquim de Judá. A los cinco años de estar desterrado, ya con treinta años, comienza su ministerio que ejerció durante 22 años.

El libro del profeta pretende llenar de esperanza al pueblo, y la última de las tres partes principales del mismo habla de la restauración, del nuevo Israel donde la justicia, la equidad, la presencia de Dios, envuelve a ese pueblo. Es un libro lleno de imágenes poéticas, de un Dios que quiere revelar sus secretos. San Jerónimo decía que este libro era el «laberinto de los secretos de Dios».

El texto que hemos escuchado es una original forma de presentarse Dios por medio de este profeta, no era usual, pero si oportuna por el momento tan especial que vivía Israel en el exilio, ya había pasado la segunda deportación.

Los reyes de Israel eran los pastores, pero habían destrozado al pueblo, y no habían ejercido su trabajo como Dios quería, Dios mismo asume el pastoreo. Este exilio tenía al pueblo disperso externa e internamente y lloraba su desgracia a las orillas del río de Babilonia.

La etimología hebrea de pastor es entrañable, no solo habla de pastorear, apacentar, su raíz evoca, también, el acompañar, convivir, correr la suerte.

Un pastor que libera, el pueblo espera un segundo éxodo, un pastor que da luz y que imparte justicia y está pendiente de las más vulnerables. Rápidamente este texto nos coloca en la línea del Evangelio que hoy proclamamos.

Salmo Responsorial (22, 1-6)

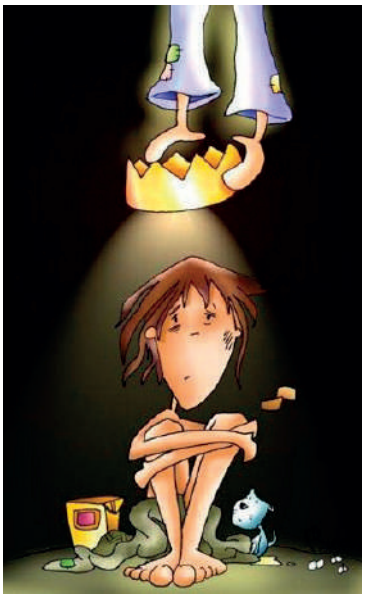
El Señor es mi pastor, nada me falta

El Señor es mi pastor, nada me falta.
En prados de hierba fresca me hace descansar,
me conduce junto a aguas tranquilas, y renueva mis fuerzas.

Me guía por la senda del bien, haciendo honor a su nombre.
Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré,
porque tú estás conmigo; tu vara y tu bastón me dan seguridad.

Me preparas un banquete para envidia de mis adversarios,
perfumas con ungüento mi cabeza y mi copa está llena.
Tu amor y tu bondad me acompañan todos los días de mi vida;
y habitaré por siempre en la casa del Señor.

El Señor es mi pastor, nada me falta



[1] *Biblia de América.* Casa de la Biblia. pág. 868. Del comentario al libro de Ezequiel.

Lectura de la primera carta de Pablo a la comunidad de Corinto (15, 20-26a.28)

Pero no, Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primer fruto de quienes duermen el sueño de la muerte. Porque lo mismo que por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y como por su unión con Adán todos los hombres mueren, así también por su unión con Cristo, todos retornarán a la vida.

Pero cada uno según su rango: como primer fruto, Cristo; luego, el día de su gloriosa manifestación, los que pertenezcan a Cristo. Después tendrá lugar el final, cuando, destruido todo dominio, toda potestad y todo poder, Cristo entregue el reino a Dios Padre.

Pues es necesario que Cristo reine hasta que Dios ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en destruir será la muerte. Y cuando le estén sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se someterá también al que le sometió todo, ***para que Dios sea todo en todas las cosas.***

La preocupación por la muerte y lo que ocurre después de la muerte no ha dejado de inquietar a toda persona, porque en lo más profundo de todo ser humano nos sentimos más hijos de la vida que de la muerte.

El capítulo 15 de esta carta a los corintios está dedicado a la resurrección y la resurrección individual, personal. Es un texto típicamente paulino, aquí aparecen características del cristocentrismo de su teología y su concepción histórica de la salvación. Para él, el acontecimiento central de nuestra historia es la resurrección de Jesús y no aparece como un acontecimiento aislado, milagroso y único; ¡no!, la resurrección de Jesús es «primicia», es anticipación, es señal inconfundible y radical del sentido de la historia de la humanidad y de la resurrección personal de todos los seres humanos.

Pero es una resurrección universal que Pablo expresa con esa frase tan abierta y esperanzadora: que Dios sea todo en todas las cosas, que Dios lo envuelva todo. Es llenar de sentido toda la historia sin que nada quede fuera, pero todo renovado en Él.

El reinado de Jesús es de sentido, es hacer que todo lo que somos y toda la historia este preñada de esperanza porque a Dios, esta historia nuestra, le importa tanto que no la va a perder; le importa tanto que, en Jesús, en la encarnación, ha vinculado su propia suerte a esta historia, a la humanidad. La suerte de Jesús es nuestra suerte. Pablo lo tenía muy claro: si Él resucitó, nosotras y nosotros también.

Tu rostro en cada esquina



Señor, que vea...
...que vea tu rostro en cada esquina.
Que vea reír al desheredado,
con risa alegre y renacida.
Que vea encenderse la ilusión
en los ojos apagados
de quien un día olvidó soñar y creer.
Que vea los brazos que,
ocultos, pero infatigables,
construyen milagros
de amor, de paz, de futuro.
Que vea oportunidad y llamada
donde a veces sólo hay bruma.
Que vea cómo la dignidad recuperada
cierra los infiernos del mundo.
Que en otro vea a mi hermano,

en el espejo, un apóstol
y en mi interior te vislumbre.
Porque no quiero andar ciego,
perdido de tu presencia,
distraído por la nada...
equivocando mis pasos
hacia lugares sin ti.
Señor, que vea...
...que vea tu rostro en cada esquina.

J.M. Olaizola sj

Lectura del Evangelio según san Mateo (25, 31-46)

Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro.

Entonces el rey dirá a los de un lado:

–Vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era un extraño, y me hospedaron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; en la cárcel, y fueron a verme.



Entonces le responderán los justos:

–Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo fuiste un extraño y te hospedamos, o estuviste desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

Y el rey les responderá:

–Les aseguro que cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron.

Después dirá a los del otro lado:

–Apártense de mí, malditos, vayan al fuego que no se apaga, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; fui un extraño, y no me hospedaron; estaba desnudo y no me vistieron; enfermo y en la cárcel, y no me visitaron.

Entonces responderán también estos diciendo:

–Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento?, ¿cuándo fuiste un extraño o estuviste desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te socorrimos?

Y él les responderá:

–Les aseguro que cuando dejaron de hacerlo con uno de estos pequeños, dejaron de hacerlo conmigo.

E irán estos al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

Comentario

Con este discurso termina la catequesis, sobre la parusía, es el final del llamado discurso escatológico. Es una parábola apasionante, cargada de fuerza; se está hablando del juicio final, de la hora definitiva y un juicio universal, «todas las naciones», y el rey, como un pastor, separa, define y hace juicio.

Hay perplejidad en los que son juzgados, no se plantea este juicio contra acciones mal hechas, no... no es por hacer el mal, lo que se juzga, es por no hacer el bien, y esto nos recuerda a la parábola de la semana pasada, la de los talentos (no invertir, no arriesgar).

Los colectivos son claros, hacer el bien a las personas más marginadas, empobrecidas, descartadas, explotadas y despreciadas de la sociedad, aquellas que eran consideradas, también, como las personas castigadas por Dios porque pecaron ellas y/o sus padres.

Pero la clave del juicio no son normas morales o leyes, es la identificación del «personaje» con los de esa «clase social» tan claramente definida por Jesús, aquellas personas a las que se les puede negar hasta un vaso de agua. Las despreciadas por esta sociedad.

Y ese que se identifica tanto con los empobrecidos y necesitados, hasta hacerse presencia de ellos, ese es al que proclamamos rey, pero lo que le hace rey no es su sangre azul, su casta, le hace rey su forma de reinar y convertirse en referente... y para quererle como rey necesitamos reconocer como reyes aquellos y aquellas personas con quienes se identifica y se hace solidario, aquellas personas a las que Jesús, el Señor, les regala su rostro para decir, con la fuerza de sus palabras que lo que le hagan a esas personas se le hace a Él.

Posiblemente aquí está la clave de la moral cristiana y, algo más, de la espiritualidad cristiana. Jesús pasa del «no hagas lo que no te gusta que te hagan» o el «ama al prójimo como a ti mismo», «perdona para que el Padre te perdone»... a «haz todo eso, porque **yo soy él**, porque **no estoy detrás** del rostro de toda persona, que sufre, está excluida, empobrecida y marginada, **no, yo soy su rostro**»... por eso no podemos quitar las cruces de nuestras casas, altares, templos... donde hay un cristiano tiene que haber una cruz porque nos recuerda que sigue crucificado y en los crucificados le reconocemos. El resucitado es el crucificado.

Hay tres presencias en el Evangelio definidas con claridad por Jesús, sin la más mínima duda y matiz: presencia en la comunidad «donde haya dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo» (Mt 18, 30), presencia en la Eucaristía: «Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre» (Lc 22, 19) y en las personas empobrecidas, que en la lectura de hoy no deja la más mínima sombra de duda.

¿Por qué los cristianos hacemos unas más importantes que otras, por qué unas tienen más solemnidad que otras? ¿No será porque las separamos? ¿No será porque alguna de las presencias es más cómoda que otras?

En la séptima Jornada Mundial de los Pobres, el papa Francisco nos ayudaba a reflexionar con el texto de Tobias: su padre le aconsejaba «no apartes tu rostro de la persona pobre» (Tob 4, 7). Y en una época que, como nos dice el Papa, «un río de pobreza atraviesa nuestras ciudades y se hace cada vez más grande hasta desbordarse» y donde la aporofobia nos rodea, donde necesitamos justificar nuestra indiferencia y nuestra insolidaridad, el Papa nos interpela: «Si soy pobre, puedo reconocer quién es el hermano que realmente me necesita». Y el papa León nos dice en la décima Jornada comentando el salmo 14, 6: «En Cristo estamos llamados, por tanto, también nosotros a hacernos pobres y a convertirnos en refugio para el pobre». Y nos interpela con varias preguntas,

entre ellas: «¿Llegamos hasta donde se encuentran los pobres, experimentando su marginalidad? ¿Escuchamos sus pensamientos y compartimos sus esperanzas?». «Estamos llamados a encontrar a cada persona pobre y a cada tipo de pobreza, sacudiendo de nosotros la indiferencia y la banalidad con las que escudamos un bienestar ilusorio»[2]. Solo desde la cercanía, la empatía, la compasión o, más todavía, desde la encarnación podemos reconocer a Jesús en la persona empobrecida.



Debemos insistir en que lo importante no es reconocer a Cristo como rey porque juzga a las naciones de la tierra y se sienta en el trono rodeado de sus ángeles y su autoridad divide a buenos y malos, ¡no!... lo importante de reconocer a Cristo como rey es hacer reyes aquellas personas con quienes Él se identifica, reconocer como reyes aquellas a las que Él regala su rostro para que nosotros y nosotras aprendamos a mirar a la persona sufriente y acercarnos a ella con el mismo respeto con el que nos acercamos a la Eucaristía. Construir el reino es hacer que Él reine.

Seguir a Jesús, requiere gafas nuevas, para reconocerle y encontrarle donde realmente se hace presente en nuestra historia cotidiana... esta es una de las claves de la espiritualidad cristiana. Esas gafas, esa forma de mirar la vida y a las personas, tiene capacidad para cambiar el mundo...

«Concédenos, como a todos nuestros hermanos y hermanas de trabajo pensar como tú, trabajar contigo y vivir en ti»

¿Le conocéis? (Música: Miguel Manzano. Letra: José Antonio Olivar) (1970)
www.bit.ly/leconoceis_cancion

Con nosotros está y no lo conocemos
Con nosotros está, su nombre es el señor (bis)

Su nombre es el Señor y pasa hambre
y clama por la boca del hambriento
muchos que lo ven pasan de largo
acaso por llegar temprano al templo.
Su nombre es el Señor y sed soporta
y está en quien de justicia va sediento
y muchos que lo ven pasan de largo
a veces ocupados en sus rezos

Su nombre es el Señor y está desnudo
la ausencia del amor hiela sus huesos
y muchos que lo ven pasan de largo
seguros y al calor de su dinero.

Su nombre es el Señor y enfermo vive
y su agonía es la del enfermo
y muchos que lo saben no hacen caso
tal vez no frecuentaban mucho el templo

Su nombre es el Señor, y está en la cárcel
está en la soledad de cada preso
y nadie lo visita y hasta dicen
tal vez ese no era de los nuestros.
Su nombre es el Señor, el que sed tiene,
él pide por la boca del hambriento.
Está preso, está enfermo, está desnudo
Pero él nos va a juzgar por todo eso.

«Delegar en otros es fácil; ofrecer dinero para que otros hagan caridad es un gesto generoso; la vocación de todo cristiano es implicarse en primera persona» [...] «Quienes viven en condiciones de pobreza también han de ser implicados y acompañados en un proceso de cambio y responsabilidad».

–Papa Francisco en la 7º Jornada Mundial de los Pobres

[2] VII Jornada Mundial de los pobres. Papa Francisco (19/11/23).